

TÍTULO: *Scratch*

AUTOR: Fernando Lalana

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Speedy, que ha llevado el motor por encima de las cinco mil vueltas, suelta el pedal del embrague y, con un ligero chirrido de ruedas, noventa y seis caballos de potencia nos empujan por la espalda, hundiéndonos levemente en los asientos de serie, demasiado mullidos, nada envolventes, pensados para llevar de viaje a la familia y no para ir de carreras. Tampoco la iluminación es ninguna maravilla: los cuatro faros de origen -escrupulosamente orientados, eso sí- y dos oscar auxiliares, de esos que mandan un chorro de luz allá lejos pero que en las curvas lentas nunca iluminan lo que el piloto quiere ver. Y gracias.

-¿A qué esperas? ¡Empieza!

El grito de Speedy me sobresalta. ¿Será posible? ¿Pues no estaba pensando tonterías sobre los asientos y los faros con la cronometrada ya en marcha? Estas cosas sólo deben de pasarme a mí. Por suerte, el tramo comienza con una recta muy larga y tengo tiempo de enmendar mi despiste antes de que suceda nada irremediable. Pero lo cierto es que estamos ya muy cerca de la primera curva cuando empiezo a cantar las notas.

-Derecha muy abierta más. Cincuenta. Izquierda fondo. Derecha fondo fondo. Rasante bueno. Cien. Derecha fondo; ojo, velocidad...

Estos trazados le revientan a Speedy: curvas sin dificultad separadas por rectas largas, donde todo se reduce a pisar el acelerador hasta la tabla y en los que nuestro coche no tiene nada que hacer frente a los de mayor potencia.

Sin embargo, pronto nos adentramos en una zona mucho más virada. Aquí sí, las manos del piloto empiezan a cobrar importancia.

-Derecha abierta menos. Treinta. Derecha abierta más, larga, ojo gravilla. Por medio...

Un buen sitio para una pequeña exhibición de Speedy, que hace pasar el coche totalmente cruzado, deslizando la trasera por la gravilla del exterior de la curva. Hay algo de público y oímos algunos aplausos y gritos de ánimo.

El casco me impediría ver la expresión de Speedy aunque tuviese tiempo de mirarle. Pero no me hace falta verle la cara para saber que está sonriendo. Disfrutando como un loco.

-Cincuenta. Ojo, grava. Izquierda regular. Derecha abierta más. Ochenta. Eses que se ven...

Un respiro. Tres curvas seguidas con visibilidad, que Speedy endereza con decisión. Nuestro coche salta literalmente de curva a curva. De la última salimos en dos ruedas, seguro. Hasta nos han hecho un par de fotos.

-Derecha muy abierta menos, muy larga. Termina en abierta menos. Cien. Izquierda horquilla. Ojo, caída...

Apenas miro el camino. Sólo rápidos vistazos a la carretera y, sobre todo, atención al movimiento del coche para sentir el paso por las curvas. Pero una horquilla..., una horquilla hay que paladearla. Así que levanto la vista, aprieto los dientes y presto toda mi atención.

Es la mejor curva del tramo. Lenta y espectacular. La ladera del monte está abarrotada de público, y eso basta para que Speedy intente hacer una de las suyas.

Venimos en tercera, muy rápidos. Reduce a segunda y parece que nos vamos a salir rectos. Pero en quince metros balancea el coche, hace un punta tacón escalofriante para meter primera y giramos como una peonza casi doscientos setenta grados. Da la sensación de que se ha pasado y vamos a hacer un trompo que nos deje allí clavados. Pero no. Speedy contravolantea como sólo él sabe hacerlo y el coche devuelve los noventa grados de giro que le sobran encarando así la salida de la horquilla, en medio de un griterío enardecedor, audible por encima del rugido del motor y del chillido de los neumáticos.

¡Fantástico! Se puede pasar más rápido, por supuesto. Pero difícilmente de modo más espectacular. Y a Speedy le encanta. Ya habrá tiempo de limar segundos a las cuatro de la madrugada, cuando el público se haya ido y el rally discurra por tramos solitarios, sin más testigos que los jueces, el cronómetro y los rivales. Ahora hay que dar espectáculo. La gente se lo merece.

-Cincuenta. Derecha cerrada. Veinte. Derecha abierta menos, por fuera. Izquierda fondo. Cincuenta. Izquierda fondo, fondo. Cincuenta. Derecha despreciable. Rasante bueno...

Estos rallies regionales tienen poco aliciente para el público: la media docena de pilotos locales punteros, archiconocidos para la afición; otros tantos de las regiones limítrofes, de los que también se apuntan a todas; algún buen piloto nacional, que viene a coger manos para citas más importantes y a llevarse el premio al vencedor, cosa que casi siempre consigue; si hay suerte, dos o tres forasteros desconocidos, que sólo quieren exhibir su Porsche, su BMW o su Alfa Romeo y que parece que van de paseo; y por último, una pequeña legión de jóvenes y no tan jóvenes, noveles o faltos de recursos, a bordo de los inevitables Seat FU, cuando no de simples 127, Renault 5 o Simca 1000. Y que le echan más ganas que destreza.

Por eso se agradece tanto que, de cuando en cuando, aparezca alguien como Speedy y ponga en pie a la gente.